REVISTA SOCIALISTA

PUBLICACIÓN MENSUAL DE DOCTRINA Y CRITICA SOCIALISTA Y CULTURA GENERAL

DIRECTOR
ALBERTO PALCOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CORRIENTES 1982

ADMINISTRADOR
D. CISNEROS TERÁN

SUBSCRIPCIONES:

Capital	Semestre adelantado	\$ 1.00
	Año	" 2.00
Interior	Semestre adelantado	\$ 1.20
	Año	" 2.40
— Numero suelto		\$ 0.20 —

SUMARIO

La cuestión internacional.
La reforma de los estatutos.
La huelga ferroviaria.
La cuestión internacional y el Partido Socialista; G. A. Cartey.
Antecedentes de la Revolución rusa; Alejandro Castiñeiras.
El socialismo imperialista en la Alemania contemporánea, Carlos Andler.
La cuestión agraria; Pablo Bertagni.
La reforma penal y las leyes antisociales; Graciano Reca.
Separación de la iglesia del Estado; discurso del Dr. Emilio Frugoni en la Constituyente Uruguaya.
Notas Internacionales: La conferencia de Estocolmo. Una carta de Clara Zetkin. España: La condena de varios socialistas.
Notas varias.
Bibliografía.

La cuestión internacional

Cuando creíamos definitivamente aclarada y resuelta la conducta a observar por el Partido Socialista frente a la cuestión internacional, la desgraciada ocurrencia del tristemente célebre señor Luxemburg — ¡quién lo diría! — ha sido causa suficiente para reabrir el debate amplio y apasionadísimo que suscitara hace algunos meses, y ha bastado para que el grupo parlamentario socialista echara en saco roto la resolución concluyente e intergiversable del tercer congreso extraordinario del Partido, que el mismo grupo combatiera con proverbial tesón.

El grupo parlamentario socialista declara rotundamente — si bien un poco tarde — que no acepta como un nuevo mandato la resolución

Advertencia Debido a inconvenientes, imputables a la hora anormal que atravesamos, la imprenta ha entregado este número de la «REVISTA SOCIALISTA» con más de diez días de atraso.

del último congreso, declaración seria y grave, digna de ser analizada y meditada, por lo que significa en sí y por el precedente que sienta.

Por intermedio del diputado Justo el grupo parlamentario ha dicho que sus puntos de vista en la cuestión internacional siguen siendo los mismos que los expuestos en el congreso socialista y concretados en la declaración del 17 de Abril, la cual dice textualmente: "El grupo socialista parlamentario, en presencia de los actos de la guerra submarina que afectan los intereses de la nación, cree que el gobierno debe adoptar todas las medidas necesarias para hacer efectivo, tan ampliamente como sea posible, el comercio argentino en buques de cualquier bandera, inclusive los buques alemanes y austriacos refugiados en los puertos, que serían utilizados por el gobierno para el servicio de intercambio o fines de carácter militar. Dentro de estos conceptos el grupo socialista parlamentario ajustará su conducta en el congreso de la nación".

Estos puntos de vista no son tan genuinamente socialistas que hayan impedido al diputado conservador Costa, hacerlos suyos en el proyecto de ley que presentara al congreso de la nación con motivo del debate internacional, proyecto que comprende desde la confiscación de los buques alemanes hasta la adquisición de nuevos armamentos, entre ellos varios submarinos—el tan odiado submarino, "el anarquista del mar".

Hay un hecho realmente elocuente, que compendia la vertiginosa evolución de nuestro grupo parlamentario: el diputado Costa — que es algo así como el psicólogo y el filósofo de nuestra política criolla, como que ha sido y es uno de sus principales corifeos — ha pronunciado no hace muchos años las palabras más despectivas sobre el grupo parlamentario socialista, herido en sus sentimientos de "argentino" y pasando de las palabras al hecho, tradujo tales sentimientos en la agresión de que fué víctima el doctor Repetto. Hoy canta loas al sentimiento patriótico, nacionalista, "argentino", del grupo parlamentario y hasta le pide consejos para de-

cidir su voto en las cuestiones obreras. No discutimos la buena fe de esta metamorfosis del grupo parlamentario. Pero afirmamos con profunda convicción que ella sola tiene una virtud negativa: la de alejar cada vez más, a la clase obrera del Partido. Una cantidad de nociones burguesas van infiltrando insensiblemente al socialismo argentino y estamos en vías de no saber ya si en el país el socialismo es una simple corriente democrática, compatible con el capitalismo, el militarismo y la patria burguesa o si es un movimiento histórico, hondamente revolucionario e internacionalista, impulsado por las clases laboriosas, tendiente a dar por tierra, tan rápido como sea posible, con el capitalismo, el militarismo — brazo armado del capitalismo — y la patria burguesa.

Entre la masa laboriosa la actitud del grupo parlamentario ha causado estupor; no cree que sea una actitud digna de socialistas; la desconfianza cunde en su seno y la cálida simpatía con que seguía los pasos del Partido se trueca en sorda indiferencia cuando no en hostil aversión. Verdad es que las huestes patrióticas aplauden efusivamente; esos aplausos ¿no son humillantes? ¿No suenan a nuestros oídos como una bofetada?

Se afirma que el pueblo está por la ruptura de relaciones y hasta por la guerra; lo negamos terminantemente. El pueblo de todas las partes del mundo — y máxime los pueblos de población cosmopolita como el nuestro, de industrialismo incipiente y dedicados por entero a la labor tranquila de cosechar mieses y engordar ganados — es profundamente pacífico, abomina de todo lo que signifique guerra.

Se confunde lamentablemente el sentimiento aliado del pueblo argentino con la ruptura de relaciones y la guerra; el pueblo, casi unánime, acompaña a los aliados; pero el pueblo — la masa trabajadora en su totalidad — está contra la ruptura y la guerra.

Caiga en buena hora el imperialismo alemán y con él todos los imperialismos, grandes y pequeños, — el inglés conquistador de medio mundo, verdugo del pueblo boer, el italiano, conquistador de Eritrea y Trípoli, el norteamericano que ha sentado sus reales sobre el mismo canal de Panamá, — y el de todos los demás contendientes, incluyendo el del mismo pueblo belga, que en el Congo tuvo su cuarto de hora de veleidad conquistadora.

Nadie pretende justificar al bárbaro imperialismo alemán. Pero reconozcamos que la guerra es cruel, inhumana, y que en toda contienda bé-

lica la nación o el grupo de naciones que llevan la peor parte apelan a los procedimientos, más reprobables. La guerra es así, de esencia vandálica, sin entrañas, sin compasión, sin piedad; combatámosla en toda forma; no creamos que sea más pasable porque se amolde a reglas preestablecidas; evitemos el fatal error de otorgar carta de ciudadanía dentro del socialismo al derecho internacional.

El derecho internacional es la codificación de la guerra; el socialismo es la codificación de la paz; el derecho internacional es un conjunto de normas, desprovistas de fuerza, de sanción, huérfana del calor popular; dentro de las cuales se consideran legalizados el crimen, la rapiña y la violencia colectivas. El socialismo, en ningún caso, justifica o legaliza el crimen, la rapiña y la violencia colectivas.

Y porque las cosas son así es porque sorprende la actitud de los parlamentarios socialistas y su empecinamiento en defender los puntos de vista completamente desechados por el congreso socialista de la Boea. Si esos puntos de vista eran tan firmes ¿para qué se convocó el congreso? ¿El grupo parlamentario esperaba convencer con su elocuencia al Partido, a todas luces contrario a su tesis? Si es así, ¿por qué la mayoría del C. E., que había formulado una moción concordante con la declaración del grupo parlamentario, la retiró a última hora substituyéndola por otra que formulara el doctor Justo al final de su discurso, en los siguientes términos:

“El Partido Socialista no quiere la ruptura de relaciones con ningún pueblo.

El Partido Socialista no quiere ninguna declaración de guerra.

El Partido Socialista no quiere ninguna iniciativa parlamentaria socialista referente a la guerra.”

Síguese de aquí que los puntos de vista del grupo parlamentario no eran tan firmes como se dice, ya que él mismo proponía rotundamente: “El Partido Socialista no quiere la ruptura de relaciones con ningún pueblo” ¿Se quiere conducta más contradictoria, más enredada, más sofisticada?

Prosigamos. El mismo doctor Justo en el discurso que pronunciara en el congreso socialista, historiando la ya célebre declaración del grupo parlamentario, dijo: “Propuse que se comenzara por declarar que no queríamos la guerra ni tampoco la ruptura de relaciones con ningún país. La ruptura de relaciones, en realidad no tiene sentido: lo primero que hacen dos países que rompen sus relaciones es encargar cada uno

de ellos la representación de sus intereses en el país enemigo al ministro de otro país. La ruptura no tendría más consecuencia que la de recargar de trabajo al ministro español, que ya representa en Alemania los intereses de medio mundo, y probablemente también al ministro suizo, que representaría los de Alemania en la Argentina. Las otras relaciones están rotas; no conduciría a nada semejante declaración y la de guerra no sería tampoco más eficaz”.

Fluye de lo transcripto que el grupo parlamentario no sólo no se ajustó a la resolución del congreso socialista, sino que ni siquiera tuvo en cuenta la proposición y la palabra de su miembro informante en aquel congreso. ¿Acaso han surgido condiciones nuevas, imprevistas, que hayan hecho cambiar los puntos de vista con que se encaró el tema? Si “a confesión de parte relevo de prueba”, basta con la declaración terminante del doctor Justo en la Cámara de Diputados, quien manifestó que no asignaba ninguna importancia al asunto Luxburg, única incidencia nueva, muy efímera por cierto, que pueda invocarse para justificar la actitud del grupo parlamentario.

El gesto del grupo parlamentario es, pues, doblemente inexplicable, máxime si se tiene en cuenta que simples razones de “cortesía”, de “complacencia”, según términos del doctor Justo, explican el voto socialista. Es realmente una aberración que la cortesía hacia un grupo que nunca la tuvo con los parlamentarios socialistas y en cuyo seno militan hombres que en época no lejana agredieron cobardemente y a mano armada a algún parlamentario socialista por el delito de afirmar crudamente la verdad, se viole abiertamente una resolución de un Congreso, depositario de la soberanía del Partido.

El precedente que se sienta es de los más funestos. ¿Con qué autoridad aplicaremos mañana el rigor del estatuto a modestos militantes que infrinjan la disciplina del Partido, cuando los afiliados más altamente colocados son los primeros en no someterse a sus sanciones? O ¿Para cohonestar la actitud del grupo parlamentario llegaremos a establecer dentro del mismo partido una división de clases, la de los que deben acatar los estatutos y las resoluciones de los congresos y la de los que tienen derecho a violarlos impunemente, porque para ellos no hay estatutos y resoluciones que valgan?

La renuncia presentada por el grupo parlamentario socialista no soluciona esta seria cuestión; más bien la complica. Sabido es que muchos afiliados no están de acuerdo con la actitud del

grupo parlamentario, pero tampoco están dispuestos a aceptarle la renuncia, promediando para ello una serie de argumentos, fácilmente enumerables. En lugar de preguntar lisa y llanamente si se acepta o rechaza la renuncia del grupo parlamentario debieran formularse dos interrogaciones:

1.º Si se aprueba la actitud del grupo parlamentario al votar en el Congreso nacional por la ruptura de relaciones con Alemania.

2.º Si se acepta la renuncia del grupo parlamentario.

Al confundirse en una sola las dos cuestiones, es evidente que moralmente se presiona el ánimo de los adherentes. En esas condiciones no se necesita ser profeta para anticipar el resultado del voto general.

La actitud de los parlamentarios socialistas, nos obligaría a sacar una lección poco edificante y harto dolorosa: la de que el Partido que siempre ha dado mayor importancia a las ideas que a los hombres, comience a modificar sus ideas, no en homenaje a una convicción, sino en homenaje a un grupo de hombres que parecen creerse infalibles, y que contra viento y marea quieren convencer al Partido, no admitiendo ni la posibilidad de que el Partido les convenza. Si admitieran esa posibilidad a estas horas no reeditarían los mismos argumentos usados en el último congreso, donde se les demostró acabadamente la insuficiencia de sus puntos de vista y la absoluta ineficacia de las medidas aconsejadas para defender al comercio argentino de la agresión de los submarinos alemanes, asunto que parece preocuparles más que a los acaudalados comerciantes y terratenientes que dirigen el país y venden a precio de oro sus productos a las naciones beligerantes. La crítica que por otra parte el grupo parlamentario hace a los dos primeros considerandos de la resolución del congreso carecen de fundamentos valederos.

Las personas que atisban ahineadamente todos los movimientos del Partido para criticarlo acerbamente al menor traspié, podrán decir — y desgraciadamente no sin alguna base — que ya no solo los tratados son vulgares “tiras de papel”, sino que también lo son las resoluciones de los congresos obreros para quienes más debieran respetarlas y realizarlas. Y agregarán, sin duda, que la voluntad del Partido es tornadiza y voluble, que su soberanía es un mito, una fábula y que lo que existe de hecho, tras de una organización de estructura a primera vista profundamente democrática, es un tutelaje mal disimulado. Los que conocemos al Partido podemos

decir que es tolerante y sufrido, pero que no soporta por mucho tiempo tutelaje de ninguna especie. Y los supuestos tutores no deben ignorar esta grande y elemental verdad.

Y porque no lo ignoran han de rechazar indignados el título de tutores; bien saben que el Partido no es un rebaño dócil y se dan cuenta exacta de que si la mayoría aprueba su actitud es en primer término, por creer que ruptura no significa guerra y en segundo lugar, por consideraciones sentimentales, siempre poderosas en las colectividades organizadas. Al obrar de esta suerte, la mayoría del Partido no parece haber abarcado, en todos sus alcances, el pensamiento del grupo parlamentario, pensamiento que responde a un sistema orgánico de ideas, perfectamente definidas y coordinadas entre sí, dentro del cual la guerra no es una eventualidad imposible ni remota, sino una consecuencia cercana, fatal e inevitable.

Y, como tal pensamiento no es el del Partido, será necesario para clausurar la cuestión, que se sometan a un nuevo voto general, estas dos cuestiones:

1.º Si se da al grupo parlamentario el mandato de votar contra toda declaración de beligerancia o de guerra.

2.º Si se da al grupo parlamentario el mandato de votar contra todo crédito de guerra.

Esperamos que el buen sentido y la serenidad de los afiliados se impondrán a la larga; renovamos nuestra fe en que aquéllos sabrán tener en cuenta, por encima de todo, los intereses permanentes y superiores del socialismo, despojado de todo mal cálculo electoral, y la unidad del Partido, que nunca será más sólida que cuando se cimente en la resoluciones libres y espontáneas de la mayoría y en la más estricta igualdad de sus afiliados ante el estatuto, sujetándose todos a las mismas normas y siendo pasibles de idénticas sanciones. Procediendo así el Partido dará prueba de mucha sensatez, de cordura, de lealtad y amplia democracia.

REV. SOCIALISTA

La reforma de los Estatutos

La cuestión internacional ha hecho olvidar casi totalmente la reforma de los estatutos sometida a la consideración del partido y sobre la cual los afiliados se pronunciarán en breve por intermedio del voto general.

Se trata de introducir en los estatutos, tres modificaciones de importancia. Son las siguientes: I. *Artículo 8*: "Los centros harán lo posible por organizar grupos juveniles anexos de afiliados y simpatizantes, a los fines del fomento de la educación moral, intelectual y física, la preparación socialista y el cultivo de hábitos sociales entre los jóvenes.

"En servicio de los mismos fines y bajo el control del Partido, los grupos juveniles podrán celebrar congresos generales o locales y editar publicaciones periódicas y extraordinarias".

II. *Agregado al artículo 11*: "Estas resoluciones, así como las referentes a afiliados y los nombramientos de delegados a los congresos, si una cuarta parte al menos de los presentes en la asamblea lo solicitara, deben someterse al voto general de los que no hubieran concurrido, junto con la moción o candidatura sostenida por los que solicitan la consulta, debiendo las mociones remitirse con un resumen concreto de sus fundamentos. Tendrá, en tal caso la validez, la resolución o el nombramiento con mayoría, sobre el total de los votos emitidos.

El Comité Ejecutivo puede, por dos tercios de votos, someter a idéntica votación dichas resoluciones, excepto los nombramientos de delegados".

III. Quedará de hecho separado del Partido, sea cual fuere su situación en el mismo, el afiliado que se batiera en duelo o enviara o aceptara padrinos en las llamadas cuestiones de honor, así como el que militara en grupos o centros políticos no incorporados al Partido, sean cuales fueren sus denominaciones y programa, salvo los trabajos electorales a que se refiere el artículo 9.º".

Sensible es que estas reformas no hayan sido discutidas con la deseada amplitud ni en los centros, ni en los Congresos, ni el órgano oficial del Partido. Un buen porcentaje de adherentes tendrán que expedirse sin encontrarse suficientemente ilustrados al respecto. Las reformas propuestas entran por primera vez al terreno de la discusión. En los congresos ordinarios del Partido se formularon invariablemente copiosas mociones de reformas al estatuto, pero nunca se abordaron las relaciones del Partido con las Juventudes; se consideraba, sensatamente, que el Partido no tenía razones para inmiscuirse en la dirección de las Juventudes.

He aquí que de golpe, sin que ningún motivo especial lo justifique, se resuelve abordar el tema. Muchos afiliados no conocen ni el estatuto de las Juventudes, ni jamás se han preocupado

mayormente de averiguar lo que es una Juventud. Tendrán, empero, que pronunciarse sobre la exclusión de los adherentes, que además de militar en las Juventudes militan en el Partido, en el supuesto, muy discutible, de que se consideren agrupaciones políticas a las Juventudes.

Las Juventudes existen en varios países europeos; desempeñan una misión general: inician a la juventud en las prácticas y en las teorías socialistas; pero tienen una misión específica, en la que son insustituibles: la lucha antimilitarista. Entusiastas y decididas, impetuosas si se quiere, pero sinceras, — sinceridad sin dobleces y sin intereses creados, sinceridad de juventud — la experiencia demuestra que son eficaces organizaciones auxiliares del Partido. Tienen bastantes defectos, — se dice, — mas, ¿qué organismo no posee defectos? El mismo partido ¿está exento de ellos? Cualquier error que quiera inculpárseles ¿no será sobradamente justificado por la generosidad de sus impulsos y su vivo deseo de aprender?

Han concurrido en los diferentes campos donde lucha el proletariado con el contingente de sus energías. Afrontaron abnegadamente situaciones difíciles, como en las que se encontraron las Juventudes belgas que fueron víctimas de violentas persecuciones por la participación que tomaron en algunos movimientos huelguistas de grandes proyecciones. En Suecia y en Suiza las Juventudes bregaron con celo y con pasión por la integridad doctrinaria del socialismo, comprometida por las transigencias de algunos dirigentes. Los jóvenes saben menos, pero por lo general son más rectilíneos que los viejos afiliados. No entienden de cálculos electorales ni se preocupan de las adaptaciones al medio; y en cuanto advierten una contradicción entre la teoría y la acción socialistas, la denuncian con energía, elevando airados sus voces de protesta. Podrán ser excesivas, desproporcionadas, esas protestas: gajes de la edad; pero son útiles, son buenas; si siendo joven y socialista, por añadidura, no se es rebelde, ¿cuándo se quiere que se sea? O, ¿se considera a la rebeldía como un perjuicio y a la obediencia pasiva, militar, de la juventud, como un gran bien para el Partido? Doloroso sería que por un solo segundo se sustentara teoría tan extravagante.

En la República abundan los militaristas y los imperialistas; en las escuelas se enseña el culto de las glorias militares; es de reciente data la tentativa, abortada felizmente, — pero repetible — de militarizar la niñez escolar; y cuando encima de esto vemos al mundo desgarrarse en

la contienda más horrenda que conocieron los siglos, el combate sin tregua contra el militarismo debe constituir una preocupación diaria y preferente del socialismo; por muchos motivos nos parece ventajoso que esta tarea corra a cargo especial de las Juventudes, cuyos militantes, entre otras cosas, conservan más fresco el recuerdo de las amarguras y de las humillaciones del cuartel. Las Juventudes, pues, deben ser alentadas; en cambio, entre nosotros, quiere aplastárselas con una disposición típicamente Kaiseriana.

Si las Juventudes no han dado todos los frutos que sería de desear, es porque en su derredor se ha hecho el vacío, faltándoles en todo momento el concurso de los que más altamente están colocados en el Partido. Organizarlas dentro del Partido con fines recreativos y culturales, significa restar energías al Partido y a las Juventudes, distrayéndolas de su objetivo principal: la lucha militarista. La actividad cultural debe ser una actividad fundamental del Partido, más que de las Juventudes. Los jóvenes, además, deben encaminarse por sí solos en su actividad societaria, sin mentores ociosos designados por los centros, que repugnan a la idiosincracia juvenil, deprimiéndola; los errores que puedan cometer les servirán de lección. Y si se cree que son deficientes, propiciéase su reforma dentro de las Juventudes — aunque no se pertenezca a ella, como no pertenece ni ha pertenecido a las Juventudes ningún miembro de esta publicación. — Quitar espontaneidad a las decisiones que tomen, conspirar contra su autonomía, es asestarles un golpe de muerte. Medida tan inconsulta y violenta será contraproducente; tarde o temprano suscitará reacciones equivalentes.

El estatuto del Partido carece de cláusulas que prohiban taxativamente el ingreso de sacerdotes, militares, masones o espiritistas; pero se proyecta la expulsión de los militantes de las Juventudes, como si fuera un grave delito prepararse a ser socialista consciente. No puede pedirse mayor enormidad. Igual medida quiere aplicarse a los que militan, al mismo tiempo, en los centros culturales y en el Partido. ¿A quién se le ocurre que propagar la cultura es una actividad antisocialista?

De subido calibre, también, es la otra reforma. Ella otorga un premio a la indiferencia de los afiliados que no concurren a los centros ni se ocupan del Partido; a su casa, como a grandes señores, se les enviaría un resumen de lo tratado en las asambleas; allí resolverían en

definitiva los asuntos más importantes del Partido. Y como si esto fuera poco, en la forma en que se concibe esta reforma, se amaga seriamente contra la autonomía de los centros y se aumentan las excesivas facultades del Comité Ejecutivo. De abrigarse alguna confianza en la capacidad de los afiliados, lo contrario fuera lógico. Afiliados hay que pueden creer que el Partido no puede dar ningún buen paso sin que se les consulte previamente. Qué padecen un lamentable error, no nos quepa la menor duda.

Demostrárselo es una tarea altamente salvable, que incumbe al Partido.

REV. SOCIALISTA.

La huelga Ferroviaria

La unidad y la solidaridad demostradas por el gremio ferroviario en la gran huelga que afronta desde hace más de dos semanas es sencillamente magnífica, enaltecedora.

Satisface comprobar el cambio operado en la opinión pública respecto a la forma de encarar el concepto de la huelga. Hace varios años una fracción importante del pueblo consideraba a los huelguistas como a seres subversivos, criminales, merecedores del calabozo y del machete militar. Hoy reconoce que el derecho a la huelga ni siquiera puede discutirse y que los obreros hacen muy bien en reclamar con energía un más alto nivel de vida. Varios factores explican esta fundamental renovación de concepto; entre ellos, debe señalarse muy especialmente, la difusión del socialismo, cuyas verdades sólo son totalmente asimiladas y aceptadas por un reducido núcleo, pero cuyo fondo generoso y humanitario suscita saludables cambios en las opiniones y mayores simpatías por la causa obrera.

En las mismas esferas gubernativas se refleja ese cambio. Hoy no sería posible, sin que se pusiera completamente en ridículo y fuera descalificado por la opinión pública, un ministro que osara tratar de "piratas" a los obreros como lo hizo con motivo de la huelga ferroviaria de 1912 el señor E. Ramos Mexía.

Algo muy parecido a "piratas" son las compañías ferroviarias, explotadoras del público y del personal obrero. Manejadas por manos hábiles y atrevidas, han sabido captarse, hasta no hace mucho, la adhesión incondicional de los go-

bernantes; ministros nacionales y legisladores influyentes eran sus abogados.

Han logrado así, concesiones leoninas y privilegios irritantes. Gobernaban a su arbitrio. Eran irresponsables y omnipotentes. Pretenden seguir siéndolo, aunque los tiempos y las costumbres han variado algo. ¿Lo conseguirán? Al Presidente de la República se le atribuye la frase de que las compañías ferroviarias han vivido hasta ahora en "la orgía de las ganancias".

Si ella fuera exacta, las vacilaciones y tanteos del P. E. no se explican satisfactoriamente. ¿Se teme, acaso, chocar contra la soberbia capitalista? Los trabajadores del riel han demostrado reiteradamente el firme propósito de conciliación que los animan; las empresas han exteriorizado mala voluntad, rechazando el proyecto confeccionado por el departamento del trabajo. Gesto de esta especie sólo es posible en países como el nuestro. En Inglaterra y en Estados Unidos las compañías no se hubieran atrevido a tanto. Recuérdese, para citar casos recientes, la extraordinaria celeridad con que el presidente Wilson impuso la jornada de ocho horas para los ferroviarios zanjando un grave conflicto.

Actitud idéntica debe asumir nuestro P. E. El pliego de condiciones que presentan los obreros es inobjetable, como que reclama mejoras gozadas ya en otra ocasión. El precio de las subsistencias ha crecido muchísimo, mientras que el salario de los ferroviarios ha disminuído en las 4/10 partes; la desocupación entre el gremio es mayor, el trato más severo, las multas más frecuentes. Así no se vive. Apenas si se vegeta con gran dificultad, miserablemente.

La Cámara de Diputados ha despachado un proyecto de ley, presentado por la diputación socialista por intermedio del diputado Zaccagnini, reglamentando el trabajo de los ferroviarios.

El Senado, reducto ultra-conservador, archivo inútil de fósiles gobernadores de provincia, temeroso de indisponerse con las empresas, lo ha postergado por tiempo indeterminado.

Insistentemente reclamada por los proletarios del riel, el P. E. cumplirá con su deber, si, como lo anuncia, lo incluye en la orden del día de las sesiones extraordinarias.

A última hora los diarios notician que el P. E. está dispuesto a emplazar en cuarenta y ocho horas a las empresas para restablecer sus servicios, concediendo las ventajas contenidas en el pliego mínimo de los obreros y facultando a las empresas a subir el precio de los pasajes hasta cubrir los ocho millones de pesos que se invertirán en aumento de salarios del personal ferroviario. Si

es satisfactorio comprobar que el P. E. no se ha puesto totalmente del lado de las empresas, — aunque su actitud la atribuyamos a cálculo electoral — es lamentable la debilidad que importa esta solución, al hacer pagar al pueblo y no a las empresas que viven en "la orgía de las ganancias" las mejoras conquistadas por los obreros. Gobierno de capitalistas no podía dejar de rendir este homenaje al capital.

Nada más justo que el inminente triunfo obrero. Para sellarlo, confirmando la heroica tradición de los movimientos proletarios, no ha faltado ni la pólvora de la soldadesca ebria y salvaje ni la sangre obrera pagada como ineludible tributo en las tragedias del Rosario, Mendoza, San Francisco y Tucumán.

REV. SOCIALISTA.

La cuestión internacional y el Partido Socialista

La serie de incidencias que se ha dado en llamar "asunto Luxemburg", ha determinado cierta agitación en los centros más poblados del país, que ha tenido la consiguiente repercusión en la prensa de las diferentes fracciones políticas y que ha culminado en el pedido de ruptura de las relaciones diplomáticas con el imperio alemán, votada por grandes mayorías en las Cámaras de diputados y senadores de la nación.

La representación parlamentaria socialista — aun cuando el último congreso extraordinario del partido, pronunciándose categóricamente sobre los asuntos internacionales, le fijó de un modo claro e intergiversable la actitud que debió adoptar — ha creído conveniente hacer caso omiso de todo ello y ha votado la ruptura de relaciones con Alemania.

¿Convenía al proletariado argentino la resolución votada por el congreso de la nación? ¿Consultaron los intereses y las aspiraciones de la clase trabajadora los parlamentarios socialistas al contribuir con sus votos a que esa resolución se produjese?

* * *

Afirmemos en primer lugar que no se trata aquí de la lucha entre aliadófilos y germanófilos, pues en nuestro país estos últimos constituyen una cantidad insignificante. Los habitantes de la República Argentina son en su mayoría enemigos de los procedimientos que han hecho

execrable el nombre de los imperios centrales y de sus aliados. Nuestra tradición liberal y democrática, el origen mismo de los extranjeros aquí residentes, la influencia de la cultura francesa e inglesa en nuestro medio intelectual, descartan toda posibilidad de que el militarismo teutón, autor de la bárbara agresión que ha originado la espantosa hecatombe mundial, llegue a contar aquí con simpatías apreciables. Por otra parte, las atrocidades y los crímenes cometidos por el militarismo alemán, el sangriento martirio de Bélgica y Serbia, la esclavitud de las poblaciones conquistadas, el cinismo repulsivo de los pangermanistas, la violación de los tratados y la salvaje guerra submarina sin restricciones, debían forzosamente crear aquí, como en toda América, una corriente de simpatías favorable a las naciones de la "entente", cuyo triunfo ha de favorecer el desarrollo de las instituciones democráticas que todos anhelamos.

Pero, si la casi totalidad del pueblo argentino es francamente aliadófila ¿debemos argüir que ella desea que nuestro gobierno rompa sus relaciones con el imperio alemán? De ninguna manera. Afirmamos resueltamente que la mayoría de nuestros conciudadanos está en contra de la resolución tomada por el Congreso de la Nación, porque ella conspira contra los sanos intereses del pueblo y sus aspiraciones muchas veces puestas de manifiesto. Es verdad que algunos miles de jóvenes, estudiantes y menores de edad en su mayor parte, sin actividades productivas por el momento, han realizado algunas manifestaciones tumultuosas, pidiendo la ruptura de relaciones con Alemania, bajo la sugestión verbal de literatoides desocupados. Pero negamos que ellos sean "el pueblo", porque el pueblo, el verdadero pueblo, es algo diferente y mejor que eso. El pueblo es lo que hay de más sano y útil en las sociedades modernas, es el que realiza la producción y soporta la mayor parte de las cargas sociales. El pueblo es la clase trabajadora, el proletariado. Ahora bien: el pueblo ha estado ausente de toda manifestación pro-ruptura, porque no la desea, sabiendo que la ruptura de relaciones, aunque no es "aún" la guerra, es sin embargo, "un paso hacia el estado de guerra", y esta situación si llega a producirse — aun cuando sea en forma platónica — trae consigo un sinnúmero de consecuencias inevitables, fatales, como la limitación de las libertades públicas, la ley marcial, la creación de autoridades militares con facultades extraordinarias, la escasez de víveres, el aumento de gastos fiscales, la contribución de hombres y dinero, etc., etc.,

que pesan casi exclusivamente sobre sus hombros ya agobiados.

Si el "caso Luxburg" es la causa determinante de la actitud adoptada por las cámaras nacionales, cualquiera persona medianamente sensata calificará de inconsciente esa actitud. En efecto, la llamada "dignidad nacional" agraviada por el diplomático bandido, había recibido su pleno desagravio con la entrega de los pasaportes al triste sujeto y las amplias manifestaciones — hipócritas o sinceras — dadas oficialmente por el canciller imperial al representante argentino en Berlín. De modo que para los socialistas la situación era la misma que cuando celebró el tercer congreso extraordinario del partido. Pero ahora se niega que el "caso Luxburg" sea la causa de la actitud parlamentaria y se ofrece un sinnúmero de explicaciones, a cual más contradictoria, insuficiente e irrazonable. Se afirma que las cámaras no han hecho sino declarar rotas unas relaciones que ya lo estaban de hecho; que la nación no debía tener tratos con la autocracia criminal y retrógrada, autora de tantos bárbaros delitos; que el pueblo pedía la ruptura de relaciones; que la resolución del congreso se imponía ante la probabilidad de que la "entente" ejerciera represalias contra el país si no se alistaba en las filas de los enemigos de Alemania.

Estas afirmaciones se refutan así:

1.º Es falso que nuestras relaciones con el imperio germánico estén "rotas". Están sencillamente "interrumpidas", lo cual, según el averiado derecho internacional y el sentido más genuinamente perogrullesco, implica una diferencia substancial.

2.º Si se trataba de protestar oficialmente contra los delitos del kaiserismo, la resolución del parlamento argentino debió producirse al comienzo de la guerra cuando la invasión de Bélgica, la agresión a Francia y los asesinatos, incendios, deportaciones, etc., etc. Ahora es sencillamente extemporánea, tartarinesca y peligrosa.

3.º Es absolutamente falso que el pueblo argentino desee la ruptura de relaciones con Alemania. Si tal es el deseo de los almibarados efebos, aristócratas o aspirantes a serlo, que, escudados en su irresponsabilidad, organizan asambleas bulliciosas donde cualquier poetaastro puede vociferar a su antojo, no lo es empero el de la parte sana, útil y responsable de la población. No es por cierto el de los ciento cincuenta mil trabajadores en huelga que, mientras las cámaras distraían sendas horas en la discusión de la cuestión internacional, presenciaban el asesinato

de sus compañeros por las tropas de línea, sin que ningún "representante del pueblo" levantara su voz para protestar contra el crimen brutal del capitalismo. Y ha ocurrido entonces lo que forzosamente debía ocurrir: mientras los "representantes del pueblo" apoyaban la ruptura de relaciones con Alemania invocando la defensa de los pretendidos intereses del pueblo mismo, éste, sintiéndose abandonado, se hizo cargo directamente de su propia defensa en forma real y efectiva con sacrificio de sangre y de vidas propias. ¡Rosario, San Francisco y Mendoza informen!

4.º Este aserto implica la confesión de que vamos poco a poco hacia el conflicto empujados por el capitalismo de la "entente". Nos indignan los procedimientos alemanes, pero nos resignamos a ser factoría inglesa. Los banqueros y las empresas británicas nos imponen la actitud adoptada por nuestro parlamento, y ¿cómo nos retribuyen? Con la amenaza de apretar aún más el torniquete con el cual realizan aquí sus inicuas extorsiones económicas y persiguiendo, explotando y vejando a los trabajadores argentinos para quienes no tienen más aprecio que para los coolies de China o de la India.

No alcanzamos por lo tanto a comprender las poderosas razones que han derivado el voto de la representación socialista hacia la resolución partidaria de la ruptura de relaciones, puesto que la situación internacional del país sigue sin variar desde la fecha de nuestro congreso extraordinario. Aun en el supuesto de que nuevos hechos se hubieran producido que hicieran necesario un cambio de actitud, la representación socialista no podía, so pena de cometer una transgresión gravísima, pasar por sobre la resolución del partido como lo ha hecho. En el peor de los casos, correspondía consultar nuevamente a éste. Una asamblea local se organiza cómodamente en cuarenta y ocho horas. ¿Por qué no apelar a este sencillo medio democrático, prefiriendo aplicar procedimientos de un "prusianismo" evidente y reprobable?

Prescindiendo de la faz disciplinaria y democrática de la cuestión, el voto en pro de la minuta favorable a la ruptura, constituye un caso de evidente abandono de los principios y métodos socialistas. La clase trabajadora del país nos ha de pedir cuentas de ello cuanto más antes. Nuestros legisladores no podrán invocar, como atenuante, ni un sentimiento de solidaridad nacional que no existe ni la necesidad, mencionada por el doctor Justo, de llevar a cabo un acto de cortesía hacia los que desean la rup-

Antecedentes de la revolución Rusa

III

Los partidos políticos

El movimiento revolucionario de 1905 había logrado arrancar a la autocracia el manifiesto del 17-30 de Octubre y la ley electoral del 11 de Diciembre del mismo año. De acuerdo con el manifiesto el Zar se comprometía convocar una Duma en la que tuviese legítima representación el pueblo ruso.

Nacía así en Rusia un movimiento político que había de impulsarla por caminos más acertados a su completa liberación. Y antes de entrar en un ligero análisis de los partidos políticos, digamos dos palabras sobre las dificultades con que tropezaron en su organización.

Hasta 1905 la existencia de los partidos de carácter político carecían de objetivo en Rusia. Como lo reconoce T. Livchiz, (*La Russia D'oggi*) para el gobierno, política significaba revolución y no admitía por lo tanto la constitución de partidos más o menos orgánicos, que por otro lado habían de tropezar con limitaciones arbitrarias e irritantes.

La consecuencia inmediata de toda tiranía, en los pueblos incapaces para las grandes acciones colectivas, se traduce en la exaltación de un individualismo violento. El enorme atraso político que ha tenido que soportar Rusia por obra y gracia de sus autócratas, ha impedido que el pueblo se capacitase para una lucha inteligente y eficaz. Y además, no podía resultar otra cosa, en un medio donde toda organización política, gremial o simplemente cultural, se consideraba como un grave atentado que habían de purgar sus iniciadores en el destierro o en la cárcel. La acción colectiva, pues, había que descartarla y esto dió ancho campo al nihilismo terrorista y al anarquismo, que por un momento fueron las únicas fuerzas con que contaba el pueblo para vengar los desmanes sanguinarios de un poder tiránico.

Sin detenerme ahora mayormente, pues le consagraré más adelante un artículo especial, diré, que el nihilismo aun teniendo en cuenta sus cerradas y exageradas negaciones, ocupa un lugar de fundamental importancia como gestor de la gran revolución. Puede decirse que sus padres espirituales son las teorías y escritos de Schopenhauer, Büchner, Stirner, Buchle y Fuerbach (1)

(1) *Le Nihilisme et les Nihilistes*: J. B. Arnaud.

tura. No somos un partido de personas corteses y no vemos en las facciones oligárquicas y burguesas del país ninguna disposición a establecer con la clase trabajadora ciertos vínculos que signifiquen un principio de tregua, como está ocurriendo en algunos países y bajo el apremio de los momentos excepcionales por que está pasando la humanidad.

Nuestra burguesía no aprende nada. Nada consigue romper la dura caparazón de voraz egoísmo y sórdida rutina en que está guarecida. Desde los azucareros tucumanos, que esquilman bestialmente al trabajador indígena y al pueblo consumidor, a los comerciantes organizados que acaban de solicitar al gobierno la declaración del estado de sitio; desde las poderosas compañías ferroviarias, que cínicamente faltan a los convenios celebrados con los trabajadores, considerándolos "simples tiras de papel", a los terratenientes argentinos impasibles y satisfechos ante la existencia bestial que conducen sus colonos y peones y permanentemente sordos a sus lamentos, nos vemos sino una elevada e impenetrable barrera de odio salvaje y codicia feroz. Y es el Senado, representante genuino de ese odio y de esa codicia; el Senado que demora la sanción de las leyes obreras votadas por la Cámara de Diputados; el Senado es el iniciador de la farsa parlamentaria cuyo final ha sido la aprobación de las minutas pro-ruptura de relaciones que han contado con el voto de la representación socialista. ¡Francamente, para terminar así no valía la pena enseñarles los dientes y los puños a Palacios y a su cohorte "amarilla"!

Los socialistas de la República Argentina deberán decidir si su representación parlamentaria ha cumplido lealmente con el mandato del partido y si los trabajadores de este país nos debemos al capitalismo de las potencias beligerantes antes que a la internacional proletaria, próxima a reconstituirse sobre los escombros de la guerra.

El partido socialista tiene la palabra.

GUIDO A. CARTEY

Septiembre 27 de 1917.

Orientación Intelectual de la Juventud

POR

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS

Folleto de 53 páginas, gran formato tapas de cartulina, precio \$ 0.50; en venta en las librerías de ESPIASSE, Florida N. 16 -- M. GARCIA, Rivadavia 581 y "LA VANGUARDIA".

autores que adquirieron gran divulgación en los años 1856 a 1860 y que conjuntamente con la entrada del socialismo dió alas al movimiento que admirablemente personificó Ivan Tourgueneff en el materialista Bazarov, de su novela "Padres e hijos".

Aspiraban los nihilistas a la abolición de la religión y de los cultos por la propagación del ateísmo y del materialismo científico y humanitario; a la abolición de la propiedad hereditaria y la institución de la propiedad privada; a la igualdad completa de los derechos políticos y sociales en el hombre y en la mujer; a la liquidación del estado, etc.

No puede negarse que todo esto ha preparado el terreno para un rápido crecimiento del socialismo que sin embargo ha tenido que trabajar con ahinco para desarraigar los métodos de lucha puestos en juego por el nihilismo.

La desconfianza y el temor a delaciones o al espionaje oficial llevado con astucia y refinamiento, actuaban como factores preponderantes para orientar a los hombres de acción hacia un individualismo heroico como el que se desprende de un Demetrio Lisogub o Hessa Helfman. se han perdido así, las mentalidades más robustas y ha perdido la causa revolucionaria hombres insustituibles por su temple y vigor combativo.

Cerrado brutalmente el camino de una política positiva y real a base de una labor constructiva, era lógico que la mayoría de las inteligencias que no comulgaban ni con el nihilismo ni con el anarquismo, se limitasen a mantenerse en los límites de un idealismo rústico, o bien, se encastillasen en los reductos de alguna fórmula filosófica en boga. Y así se explica que aun mucho después de las reformas de 1905, cuando ya había lugar para una acción práctica, tuviese que sufrir el movimiento político ruso y sobre todo el socialismo, las consecuencias hereditarias de un estado intelectual trabajado por las más contradictorias corrientes de pensamiento. Y esto que para cualquier pueblo puede ser en extremo beneficioso, no lo es para el pueblo ruso cuya tendencia a las idealizaciones extremas, lo coloca en el peligroso terreno de las interminables discusiones metafísicas. Para los partidos burgueses el mal ha sido pequeño, pero no así para el socialismo cuyas fuentes filosóficas diferentemente interpretadas suscitaban y suscitan discrepancias que debilitan lamentablemente su fuerza efectiva. Por eso aun hoy, ocurre en el socialismo ruso, lo que no ha pasado en otros países, salvo raras

excepciones, en que se discute con ardor sobre dualidad y monismo, Hegelismo y materialismo; si bien el criterio Marxista cuenta la mayoría del socialismo ruso (socialistas demócratas), salvándose del pretendido revisionismo de Mach.

Pero no todo ha sido acción negativa e individual. Al lado del nihilismo y el anarquismo, venían realizando los Zemstvos una buena labor de gobierno municipal y dando al mismo tiempo sanos ejemplos de democracia, contribuyendo valientemente a la educación del pueblo o encabezando movimientos liberales de importancia.

Golubieff en un brillante estudio sobre el Zemstvo, señala la gran importancia política que ha tenido en la elaboración de una conciencia nacional bien dispuesta para recibir las amplias reformas que había de traer la revolución. Hay una página hermosísima de Morote, que con gran viveza y colorido describe una asamblea del Zemstvo de Tver. Aunque algo extensa voy a transcribirla, porque ella ha de servir mejor que largos comentarios, para dar una idea del espíritu revolucionario de que estaban animadas esas asambleas y cómo iba el pueblo adquiriendo noción de sus derechos y deberes.

Escribe Morote: "El Zemstvo estaba ya reunido en la sala de la nobleza, cuando hizo su entrada sensacional Alejandro Bakounine, el hermano del ilustre Miguel Bakounine, del condenado dos veces a muerte, que fundó la teoría del comunismo después de haberse separado de Karl Marx, y que pereció en el destierro tras de propagar por el mundo sus ideas revolucionarias. Al anuncio de la entrada de Alejandro Bakounine, todo el público compuesto de estudiantes melencólicos y de institutrices con apariencias masculinas, de sexo incierto, se puso en pie emocionado y curioso. Una figura bíblica la de Alejandro Bakounine, con su barba blanca y larga de apóstol, con su cuerpo de penitente laico.

"Habían hablado Eugenio Roberty, el sociólogo; Petrunkievitch, a quien se designa como uno de los futuros ministros liberales; Sergio de Roberty de la Cerda, el gran matemático, y otros, todos pertenecientes al partido constitucional-demócrata. Habían hablado para defender la publicidad sin reserva de los debates, para reclamar se sometiera a los votos del Zemstvo esa moción y para exigir la subordinación definitiva del presidente a los deseos de la mayoría. Y entonces apareció Bakounine. El ilustre anciano apoyó sus dos manos descarnadas en el bastón de

"peregrino y comenzó su discurso con un exordio que era la lamentación, la letanía de agravios de un pueblo dolorido....

"La elocuencia razonadora de aquel anciano se imponía a todos. En vano el presidente del Zemstvo, Golovine, un funcionario con botones de oro, quiso destruir el efecto hecho por Bakounine en el auditorio, hablando paternalmente, prudente y contemporizador. La mayoría de la asamblea, entre los aplausos del pueblo se agrupó en torno de Bakounine. Deliberaron un momento, y levantando Bakounine su rudo palo de peregrino, yendo al frente de los constitucionales-demócratas, abandonaron todos el salón. No volverían en tanto que los debates no fuesen públicos y el Zemstvo no funcionase como una cámara parlamentaria....

"Durante tres días se repitió la misma escena con idéntico y nulo resultado....

"... Al tercer día, el presidente, declaró terminado el Zemstvo sin votar el presupuesto provincial y resignándose a no cobrar los tributos. La izquierda había ganado la partida. Y así lo atestiguaron con una tempestad de bravos y de aplausos los estudiantes de ambos sexos, la muchedumbre de aldeanos....

"Era, históricamente, el primer acto de resistencia parlamentaria a la autocracia; era el digno prólogo de la Duma".

No todos los Zemstvos se han distinguido como el de Tver por su revolucionarismo, ni han contado con miembros tan distinguidos como los que aparecen en el relato que antecede y a los que había que agregar el nombre de Roditchev, cuya personalidad se destaca vigorosamente dentro de la política rusa, por su capacidad y valentía.

Los Zemstvos han contrarrestado con eficacia la política negativa e impulsiva del nihilismo y del anarquismo terrorista, explicables desahogos en un pueblo oprimido, divulgando métodos de lucha y organización más en concordancia con los principios democráticos. Y para terminar diré que recientemente en el "Mercure de France", ha estudiado J. W. Bienstock en un buen trabajo, la brillante actuación de los Zemstvos en el largo y doloroso proceso revolucionario.

Hemos dicho al principio, que hasta 1905 no había partidos políticos en Rusia. Hay dos excepciones y una de ellas es el partido socialista. Desde el año 1870 sus ideas hallan eco favorable en las masas populares, lo que ya originaba en

aquel entonces la formación de núcleos, que con el tiempo servirían de fundamentación al partido Demócrata-Socialista, con las características generales de lucha adoptadas en los pueblos occidentales.

En 1878 la formación de la "Unión de los obreros rusos del norte", dió lugar a la realización de una activísima propaganda de las ideas socialistas, cuyo primer resultado fué la enérgica huelga del año 1879 y la fundación del primer diario proletario "La Aurora Obrera". Hacía las veces de secretario de la "Unión" un obrero al parecer tipógrafo, Khaltourine, quien era al mismo tiempo director del diario.

Puede suponerse la suerte que correría este primer ensayo de organización gremial, aislado y perseguido, en un medio nada propicio y con un proletariado industrial incipiente. Sin embargo, sirvió para agitar las masas obreras y divulgar principios de solidaridad, que habían de capacitarlas para una acción más poderosa y dar también una base sólida a la formación del partido Socialista. Después de cuatro años de vida accidentada, en 1882 desaparece la "Unión" a raíz de la prisión de Khaltourine, quien fué ahorcado por suponerlo la policía mezclado en los complotos nihilistas de la época.

En 1883 se fundan en Moscú, Riga, Vilna y otras poblaciones importantes, pequeños círculos de obreros socialistas en correspondencia con un fuerte núcleo de revolucionarios refugiados en el extranjero que trabajaban para constituir "La Liberación del Trabajo".

Más tarde, en 1890, estos grupos se transformaron en las "Uniones de lucha por la liberación de la clase obrera", que fueron al mismo tiempo comités del partido Socialista-Democrático. Durante el año 1890, realizaron estas uniones una activísima campaña de propaganda de los ideales socialistas, publicándose en abundancia periódicos, libros y folletos, que con grave riesgo para sus autores o iniciadores, difundieron por toda la Rusia hondos anhelos de renovación.

Tras la huelga sangrienta de 1890 se fundó en Polonia el partido Socialista Polonés con su diario "El Obrero". Pero la manifestación más elocuente de los progresos sorprendentes del socialismo en Rusia, lo había de dar en 1892, la constitución de "La unión gremial de los obreros socialistas en Lithuania y en Polonia", que desplegando gran actividad pudo en poco tiempo establecer en casi todos los pueblos de Lithuania y Polonia comités de propaganda. La delegación rusa al congreso socialista internacional de Londres en 1896, señaló la acción de los obreros

israelitas en términos elogiosos, que Da Motta justifica, pues ha dado la base más representativa a la fundación del partido Socialista-Demócrata.

Estos pocos datos históricos sobre los orígenes del socialismo en Rusia, nos demuestran en forma clara sus fuentes genuinamente obreras, que le han dado extraordinaria vitalidad pudiendo honrarse de contar en su historia, trágica y batalladora, movimientos como los de 1903, 1904 y 1905, que han removido profundamente al pueblo ruso, sacándolo de la inercia suicida en que lo había sepultado deliberadamente la autocracia criminal de Nicolás II.

El partido Socialista en Rusia, ha sufrido en su evolución divisiones importantes que debilitan su gran poder. Primeramente, los que no estaban conformes con la "revolución pacífica" (a la alemana), y preconizaban los medios violentos e individuales y la revolución armada (a la francesa). Nació así el partido Socialista revolucionario con la divisa de "Tierra y Libertad". Se abstuvieron de concurrir a las elecciones de la primera Duma, no así a las de la segunda donde obtuvieron 35 bancas. Se ha distinguido siempre el partido Socialista revolucionario por su propaganda antimilitarista, sobre todo durante la guerra ruso-japonesa en que alcanzó gran intensidad.

Han sido sus portavoces más prestigiosos Tcheernov, Catalina Brechko-Brechovskaia, Kerenski. Me limito a dar estos datos así en forma sintética para abreviar una exposición que en otra forma daría lugar a varios artículos, dejando también a un lado todo lo que se ha repetido en estos últimos tiempos.

Las fuerzas más grandes del socialismo ruso la constituyen los socialistas-demócratas. Militan en sus filas todos los marxistas. Puede decirse que ha sido el único partido que dentro de la Duma ha realizado una obra de crítica enérgica y positiva. En los momentos de desmoralización, cuando la reacción sanguinaria cometía sus peores crímenes, fueron sus hombres los que supieron condenar con valor las infamias del absolutismo. Y así vemos en la tercera Duma su pequeña representación luchando desesperadamente contra una mayoría abrumadora y la política siniestra de Stolypine.

Han de quedar los discursos pronunciados por Gueguetchkovi en la tercera Duma, como admirables exponentes de fe revolucionaria y conjuntamente con la declaración de principios que hiciera Prokowsky (1905-1906), como la mayor exteriorización de la labor desarrollada por el va-

liente y glorioso grupo socialista de la tercera Duma.

Cuenta en su seno con hombres de la talla de Plekhanov que ya en 1882 luchaba en la "Liberación del trabajo" junto con la admirable Vera Zassoulich, León Deitech, etc., y cuyo amor por la concordia de la familia socialista, contrasta con la actitud de Lenine y Zinoviev. Ha tenido que sufrir también el partido socialista-demócrata la separación de los marximalistas cuya actuación en los últimos sucesos revolucionarios aparece confusa y sospechosa. Su jefe: Lenine. Más adelante comentaremos la forma en que las diferentes tendencias del socialismo ruso (a los que tendremos que agrupar los trabajadores, ahora socialistas populares), encaran los problemas más interesantes, como ser el agrario, legislación obrera, etc.

Hubo en las tres últimas Dumas un partido cuyos oradores se distinguían por sus discursos de rabioso patriotismo y servil adoración, al autócrata. Perteneían a la "Unión del pueblo ruso". La revolución lo ha hecho desaparecer, pero como cree Bienstock, si los hombres del régimen pasado pretenden tomar la revancha, lo harán seguramente agrupándose de nuevo a su alrededor (1).

Por lo tanto conviene aunque más no sea co-

(1) Como en el presente trabajo sólo mencionaré a los partidos que subsisten después de los acontecimientos de Marzo del presente año, a título de curiosidad van a continuación los que se formaron a raíz del manifiesto de Octubre de 1905. (Ver. M. de P. Bienstock.) Socialistas revolucionarios, Socialistas Democráticos, Radicales, Libre pensadores, Cadetes (C. D.), Unión Democrática Constitucional, Progresistas Moderados, Partido Progresista Económico, Unión Pan-rusa del Comercio y la Industria, Octubristas, Monárquicos Constitucionales, La Unión del pueblo ruso.

Quien desee ampliar las ligeras noticias que doy sobre los partidos políticos, puede consultar las siguientes obras: Da Motta de San Miguel: *Le Socialisme en Russie*; Pietro Struve: *El movimiento político en Russia*; J. B. Arnando: *Le Nihilisme et les Nihilistes*; Georges Stieckloff: *La tracción Social-Démocrate*; E. Bark: *El nihilismo y la política rusa*; Gregoire Alexinsky: *La Russie et l'Europe* (el capítulo final); J. W. Brinstoch: sus últimos e interesantes artículos en el "Mercur de France"; F. Livehiz: *La Russia D'Oggi*.

nocer un detalle que pinta de cuerpo entero a los hombres que han militado en sus filas. Cuando el gobierno provisorio tomó posesión de los archivos del zarismo, se hallaron interesantes documentos en los que los diputados de la Unión del pueblo ruso, aparecían con sueldo especial de la autocracia. Además debían gozar sus miembros de la más absoluta libertad e impunidad por criminales o ladrones que fuesen.

Así se explica que su presidente el doctor Doubrovine fuese el asesino de Herzenstein y ya puede el lector ir suponiendo lo que serían sus inocentes adláteres. Hablan también esos documentos de sumas que oscilan entre 25 a 40.000 rublos entregadas a diputados de dicha filiación por discursos "patrióticos", crímenes y matanzas de judíos bien organizadas.

Y con esto basta para darse una idea aproximada de lo que era el partido en cuestión. Por supuesto no tenía ningún arraigo en el pueblo y sus miembros además de ser profesionales del crimen, ocupaban cargos de importancia en la administración. Sus diarios: "La Campana", "El ciudadano", "La bandera rusa". "Los diputados de la Unión del pueblo ruso" se distinguían por su patriotismo...

ALEJANDRO CASTINEIRAS

(Continuará)

El Socialismo Imperialista

EN LA ALEMANIA CONTEMPORANEA

(Continuación)

Hildebrand llega a la conclusión de que Alemania, siendo un país de industrialización rápida y población en rápido crecimiento, llegará mañana, o dentro de veinte años a más tardar, a carecer simultáneamente de superficie agrícola y salida para sus productos manufacturados. Según él, perecerá de hambre en la plétora de su riqueza metalúrgica. ¿No se impone, por lo tanto, que ella se arroje sobre los raros países nuevos que aun quedan en el mundo, para abastecerse, estimular su producción agrícola y asegurarse salidas? ¿No necesita, acaso, conseguir a toda costa superficie arable y mercados para sus aceros, máquinas, productos textiles y químicos? Y si hay naciones mejor favorecidas en materia de colonias, pero menos capaces de hacerlas desarrollar ¿no está destinada Alemania

a desalojarlas? Y si hay potencias que por razones políticas se opongan a tal desalojo ¿no puede ella alegar que está defendiendo intereses vitales? ¿Que se intenta estrangularla en vida?

"Hasta desde el punto de vista socialista, la toma de posesión de dominios coloniales se ha vuelto una necesidad actual para Alemania, lo mismo que para los demás estados industriales de la Europa occidental. Mientras los principios socialistas no prevalezcan en el reparto del dominio colonial, los alemanes nos hallamos en situación muy desventajosa ante Inglaterra y Francia, constreñido por ellas durante decenas de años a perseguir unánimemente el triunfo de nuestros intereses vitales duraderos". — ("Hildebrand, Sozialistische Auslandspolitik", página IV, Septiembre de 1911).

Analícense bien estas frases escritas en plena negociación marroquí. Se habla de "principios socialistas", de reparto del dominio colonial; y si ellos no son respetados, Hildebrand preconiza la guerra, con el apoyo no forzoso, sino "unánimemente" consentido de la clase obrera alemana. El socialismo de Hildebrand está hablando ya el lenguaje de la diplomacia. El, sin duda, quiere la paz:

"Mas el acuerdo pacífico no es más que un medio conducente a un fin, y éste consiste en el desarrollo del conjunto por el de todas sus partes. Ninguna nación, amenazada o injustamente trabada en su propio desarrollo, está obligada por amor a la paz, a consentir la estrangulación lenta, quizás casi insensible en el detalle, pero no por eso menos mortal en sus efectos totales. Lejos de aplicar un principio socialista, ello significaría resignarse cobardemente a un destino vergonzoso."

Hasta ahora la doctrina democrática y socialista sostenía el principio que la paz era antes que cualquiera otra cosa, el "interés vital" de los pueblos; y que solo unas clases gobernantes maquiavélicas, aprovechando la ignorancia actual de las masas mediante la sorpresa o la intriga, podían hacer prevalecer sus intereses particulares y siniestros sobre ese interés primordial de la paz. Esta existía "sin otras condiciones" que la independencia nacional. Se comprende que un encierro económico capaz de interrumpir el abastecimiento necesario de una nación, o hacerle inaccesibles, por el encarecimiento ficticio, los productos más indispensables a la subsistencia ya no sería la paz, sino un principio de bloqueo. ¿Ocurre esto con Alemania? Ella está en plena ascensión económica. El solo aumento

de su población, no debilitado por emigración alguna, atestigua su prosperidad. Sus recursos generales aumentan con una celeridad sin precedentes. Desde hace quince años, una intensa vida municipal ha cambiado totalmente el aspecto de sus ciudades, haciéndolas irreconocibles. Ella acumula millones mediante las economías de los más humildes, aplicándolos a empresas cada día más numerosas. Sus ventas en los mercados inglés y francés aumentan. Sus diarios, revistas y periódicos fuman, desde una generación, el incienso que ella quema ante sí misma sin cansarse. ¿Y es este el momento elegido por algunos socialistas para gritar que se la estrangula; que se halla en el caso de legítima defensa; y que sus clases obreras deben acudir en auxilio de una Alemania tan aplastada? Pero ¿por quién nos toma para creernos impresionables ante tales amenazas? Bismarck solo hubiera encontrado la palabra necesaria, porque él sólo sabía emplear estratagemas de igual cinismo: "Se nos toma por un Parlamento", y por un Parlamento alemán.

Gerardo Hildebrand habla de reparto "socialista" del dominio colonial. Pero entonces, y en nombre de ese socialismo singular ¿de cuáles otros bienes no se podría igualmente exigir un nuevo reparto? Poco nos faltará para que los cinco mil millones que la Francia ha cedido de su patrimonio líquido en 1871, sean presentados como una medida de socialización; y en efecto, el socialismo revisionista, sin exceptuar el de Bernstein, habla de los acontecimientos de 1866 y 1870, como de una revolución probablemente proletaria. Hildebrand traza un cuadro de los dominios coloniales de los estados europeos: los kilómetros cuadrados devueltos a Alemania le parecen pocos. ¿Por qué no hacemos lo mismo, pretextando la pobreza de nuestro subsuelo en carbón y en hierro? Quizás los principios "socialistas" de Hildebrand nos autorizarían a pretender las minas de Bélgica y alguna compensación sobre la Ruhr. ¿Puede nuestra población desarrollarse sin las riquezas del suelo que han hecho posible la expansión demográfica de Alemania? ¿No somos más bien nosotros los estrangulados, debido a la diplomacia y a los acontecimientos seculares que nos han negado esas fronteras naturales perseguidas hasta el Rhin por la política de nuestro antiguo régimen y la Revolución Francesa? Nosotros, sin embargo, hemos renunciado a ella. Poco importa que este renunciamiento haya sido determinado por razones de prudencia. Manteniendo en los Vosgos una barrera que la misma Alemania no se atreverá

a atacar, hemos logrado fundar un imperio colonial, que nos permite tratar sobre un pie de igualdad con las potencias mejor favorecidas económicamente. ¡Y este imperio colonial, que nos ha costado miles de millones, sangre y esfuerzos científicos, se pretende que lo "repartamos" con los países más prolíficos de la Europa industrial! Eso puede pasar como humorada tudesca, pero no dejará de aumentar entre nosotros esa repugnancia a la "camaradería" alemana que se ha ido fortaleciendo en todos nuestros congresos nacionales (1).

Que no se me tilde de exagerado. Para Hildebrand la cesión del Congo es un "paliativo". —("Notbehelf").

"Las increíbles desproporciones existentes en el reparto del dominio colonial europeo, deberán desaparecer. Las legítimas reivindicaciones de los estados hasta aquí menos favorecidos, deberán ser puestas en evidencia y reconocidas por los demás estados." ("Hildebrand", o. cit., página 27).

De lo contrario vendrá la guerra. Austria-Hungría, debido a su fuerte natalidad, tendrá derecho a despojar a Turquía en Europa y Asia Menor. Pero hay otros países ya señalados como víctimas. Sería insensato dejarle a Portugal unas colonias que desde hace siglos demuéstrase incapaz de hacer prosperar. Alemania (que menos de cincuenta años atrás no había logrado prosperar ella misma) asumirá una especie de tutelaje de las naciones rezagadas, y asegurará virtualmente la prosperidad de Angola o Mozambique anexándolos. Para amansar a Inglaterra, tutora secular de Portugal, le arrojará una piltrafa.

Sin duda alguna se le ofrecerá una indemnización a la república portuguesa. Pero ¿si por dignidad la rechaza? Entonces será la guerra y Portugal se quedará sin las colonias y sin la indemnización. Francia tendrá que ceder a Ita-

(1) Ya Aristides Briand decía en el Congreso de Amsterdam: "Me tiene fastidiado esta *Genosserie*". (Los alemanes designan eso con el nombre de *Genossen*. Alguien pretenderá valorar los motivos que han originado el cambio de política del señor Briand. Pero hay otros que han experimentado la misma decepción ante la actitud de los socialistas alemanes. En Amsterdam, el mismo Bebel, arrebatado por su patético lealismo, había dicho que "el emperador estaba por encima de los partidos". El admirable luchador es hijo de un sub-oficial prusiano. Cuando se tiene eso en las venas, hay para rato.

lia la Somalia y Obock, y se dará por bien servida si en cambio le ceden la Guayana portuguesa. En cuanto a Bélgica y Holanda no tendrán más remedio que caminar derechito. Se las acaricia. Son más virtuosas que Portugal. Se les permitirá conservar sus colonias del Congo e Insulinde, con tal que garanticen formalmente la "puerta abierta". ¿Por qué no se dispensa igual trato a Portugal? Hildebrand no considera "socialista" que el pequeño Portugal tenga grandes colonias. Los títulos históricos no le preocupan, pues tiene la audacia de decir y creer que ellos son provisorios y pueden invalidarse en cualquier momento, cuando un pueblo tan prolífico y virtualmente activo como Alemania, necesita del dominio de los más débiles o atrasados para desarrollar sus "fuerzas productivas". Esta brutalidad no es novedosa, pues hay rastros de ella entre los plumíferos asalariados de la teutomanía corriente, aristocrática y burguesa. De ella vive la "Gaceta de la Cruz", y la liberal "Gaceta de Voss" sigue sus huellas. En el mismo sentido delira el profesor Hans Delbrück en la "Preussische Jahrbücher", y Marx Harden, en la "Zukunft" hace su negocito azuzando con su grito frenético los chauvinistas del imperio. Pero hasta hoy no se había tenido el descaro de presentar como socialismo semejantes brutalidades.

CARLOS ANDLER

(Continuará)

La cuestión agraria

El movimiento de emancipación proletaria, vióse, desde que rebasó los límites de los centros fabriles por su desarrollo político y gremial, frente a graves problemas planteados por la producción del campo.

Con una clara táctica nacida de su teoría de la evolución capitalista, érale necesario verificar ésta con la producción agraria, para ratificar o rectificar aquélla. La cuestión era eviden-

temente delicada pues una modificación de su política podía importar una rectificación de sus finalidades.

No se ha llegado aún en los diversos partidos en que esta cuestión se ha planteado a uniformar la política agraria de los mismos. Por el contrario, las divergencias de táctica amenazan convertirse en divergencias de principios. El socialismo revisionista, cuya corriente sigue nuestro partido, ha encontrado en la economía rural nuevas fuerzas para afirmar que "el movimiento es todo" y embarcarse en su política de pequeños beneficios a base de pequeñas transgresiones.

Exponer brevemente algunas ideas sobre la debatida cuestión, es nuestro propósito.

I

La tendencia de la producción agraria

Afirmase por muchos que la concentración de la producción, evidente en la industria, no se verifica en la agricultura, y que, por el contrario, hay en ésta una tendencia hacia la descentralización.

Unas estadísticas indican, en efecto, que, en muchas partes, el número de las pequeñas explotaciones agrícolas aumenta, aunque débilmente, disminuyendo el de las grandes, y que la superficie media de todas las explotaciones decrece. Otras, por el contrario, evidencian el fenómeno opuesto.

El último censo del trabajo levantado en Alemania en 1907, indica que mientras las explotaciones de menos de 2 hectáreas, de 2 a 5 y de 5 a 20 hectáreas aumentaron, comparadas con las existentes de 1882, en 10,3 o/o, 2,5 o/o y 15 o/o, respectivamente; las de 20 a 100 y mayores de 100 disminuyeron en 6,9 y 5,7 o/o. Sin embargo, es de notar que estas explotaciones, si bien débilmente, aumentaron en el período comprendido entre los censos de 1882 y 1895.

El siguiente cuadro estadístico da idea clara del número y la distribución de las explotaciones en Alemania en los años de los tres últimos censos:

Número de explotaciones 1882-1895-1907

Superficie	1882	1895	1907	Aumento (+) o Disminución (-) sobre 1882	
Menos de 3 hect.	3.061.831	3.236.367	3.378.509	+ 361.678	o sea + 10,3 %
De 2 a 5 hect....	981.407	1.016.318	1.006.277	+ 24.870	" + 2,5 "
De 5 a 20 hect...	926.605	998.804	1.065.539	+ 138.934	" + 15, "
De 20 a 100 hect.	281.510	281.767	262.191	- 19.319	" - 6,9 "
Más de 100 hect.	24.991	25.061	23.566	- 1.425	" - 5,7 "
	5.276.344	5.558.317	5.736.032	+ 459.738	o sea + 8,7 %

Las explotaciones menores de dos hectáreas, que absorben gran parte del incremento habido, no entran absolutamente nada en la producción de mercancías. Pertenecen a individuos que tienen una ocupación en otros establecimientos agrícolas o industriales como asalariados, para quienes constituyen un medio de vida suplementario. "Su desarrollo depende de factores que nada tienen que ver con la agricultura", dice Eduardo David, el compañero de Berstein en la cruzada revisionista ("Les documents du progrès", septiembre 1911, pág. 183).

Veamos que extensión ocupaban sobre cada 100 hectáreas las explotaciones del imperio.

EXPLORACIONES	1882	1895	1907	Aum. (o) o Dismin. (o) sobre 1880
Menores de 2 hect...	5.7	5.6	5.4	- 0.3
De 2 a 5 hect...	10.0	10.1	10.4	+ 0.4
De 5 a 20 hect...	28.7	29.9	32.7	+ 4.0
De 20 a 100 hect...	31.1	30.3	29.3	- 1.8
De más de 100 hect.	24.4	24.1	22.2	- 2.2
	99.9	100.0	100.0	

Las explotaciones menores de veinte hectáreas comprendían, pues, el 44,4 o/o, 45,6 y 48,5 o/o de la superficie total, respectivamente, para los años 1882, 1895 y 1907.

En los Estados Unidos, sobre el total de chacras, la proporción de las que tenían una extensión menor de veinte hectáreas era para los años 1890, 1900 y 1910 de 28,86, 33,45 y 35,41 o/o, respectivamente. Sin embargo, el número de chacras mayores de veinte hectáreas aumentó, por la entrada al cultivo de nuevas tierras, aunque en proporción inferior que las menores de ese número.

La superficie media de las chacras fué para esos mismos años y en el mismo orden, de 54,6, 58,5 y 55,3 hectáreas, pero la superficie media cultivada de cada hectárea era de 31,3, 28,9 y 30,1. Como se ve, las curvas de la superficie media de las chacras y de la superficie media cultivada de las mismas, no se manifiestan uniformemente en ningún sentido.

Tampoco en Francia hay una tendencia definida hacia la reducción de la unidad agrícola. El censo de 1892 señalaba un aumento en el número de explotaciones menores de diez hectáreas, sobre todo en las menores de una, una disminución de las de 10 a 40 y un aumento de las de más de 40.

Una investigación oficial realizada en 1908 evi-

dencia el fenómeno opuesto: disminuyen las explotaciones menores de diez hectáreas y las mayores de cien, aumentando las comprendidas entre diez y cien, como puede verse:

EXPLORACIONES	1892	1908
Menores de 1 hect...	2.235.405	2.087.851
De 1 a 10 hect...	2.617.558	2.523.713
De 10 a 40 hect...	711.118	745.862
De 40 a 100 hect...	105.391	118.497
Más de 100 hect...	33.280	29.541
	5.702.752	5.505.464

Como se ve, las explotaciones menores de diez hectáreas pasaron de 4.852.963 en 1892 a 4.611.564 en 1908, disminuyendo en ese período de 16 años en 241.399, es decir, perdiendo cada día 41 unidades! Las mayores de diez hectáreas aumentaron para igual tiempo en 44.111.

Las pequeñas explotaciones tienden a agrandar su superficie media. Mientras que en 1892, las 4.852.963 unidades agrícolas no abarcaban más de 11.626.500 hectáreas, en 1908, un número menor de explotaciones, 4.611.564, comprendían una superficie mayor: 12.787.939 hectáreas. Y en promedio, la superficie de los establecimientos agrícolas aumenta. En 1892, 43.152.600 hectáreas se repartían entre 5.702.752 explotaciones; en 1908, 43.883.793 hectáreas eran explotadas únicamente por 5.505.464 establecimientos.

No hay, pues, en la producción agrícola una firme tendencia en sentido alguno. Es indudable que el libre desarrollo de la producción del campo está coartada en muchos países europeos por el peso de una legislación tendenciosa, perjudicial para las grandes explotaciones: sistema de sucesiones, régimen aduanero, leyes protectoras de la pequeña propiedad, organización oficial del crédito etc. Donde esa legislación no prima, y se coloca en iguales condiciones toda la producción, la marcha triunfal del capitalismo no se hace esperar, como fruto de la inexorable evolución económica, que se verifica pese a las leyes, y que éstas podrán únicamente entorpecer.

Concluirá.

PABLO BERTAGNI

La reforma penal y las leyes ant

El proyecto del código penal sancionado por la cámara de diputados y actualmente a consideración de la de senadores, que parece dis-

puesta a desempeñar también en este caso la función reaccionaria que la caracteriza, implica una seria reforma del sistema regresivo argentino cuyo análisis debe ser objeto de un detenido estudio. Diferimos para otra oportunidad el examen y crítica del futuro código — esperamos que lo sea — en los diversos aspectos de su posición frente a la legislación múltiple y dispersa que hoy rige, de las instituciones que incorpora a la realidad jurídica nacional, de los conceptos y el criterio que lo orientan y de las objeciones doctrinarias que nos sugiere, limitando por ahora nuestras referencias a aquella de las innovaciones que se introducen al régimen vigente de particular interés para la clase trabajadora: la derogación de la ley llamada de seguridad o defensa social.

Dictada bajo el influjo del pánico que por entonces dominara a la oligarquía que gobernaba en el año 1910, la ley 7029, abundante en mal hilvanados artículos tras cada uno de los cuales asoman el miedo de sus autores y el desconocimiento de las causas y remedios de la moderna agitación proletaria, constituye una amenaza constante para el desarrollo regular del movimiento obrero. Su derogación, que es un gran paso en el sentido de restaurar la normalidad en estas cuestiones, no significa sin embargo, la desaparición de todo su contenido. Sólo algunas de sus disposiciones pasan a la categoría de recuerdos históricos, en tanto que otras subsisten pero notablemente modificadas. Figuran entre aquellas las del capítulo primero de la ley, por el que se prohíbe la entrada al país a los anarquistas, a las personas que preconizan la violencia contra el gobierno, los funcionarios públicos o las instituciones de la sociedad y a los que hayan sido expulsadas mientras no se levante la orden de expulsión, se establecen penas para los empresarios de transportes, capitanes, agentes, propietarios o consignatarios de buques que por acción u omisión contribuyan a violar las prohibiciones mencionadas, se amplía la facultad extraordinaria ya concedida al poder ejecutivo por la ley de residencia de expulsar sin juicio previo a los extranjeros en determinadas condiciones y se castiga con el confinamiento por tres a seis años a los que retornen sin perjuicio de volverlos a expulsar una vez cumplida la condena. Desaparecen asimismo las cláusulas que erigen en delitos especiales, reprimidos con rigor extraordinario, los estragos y atentados contra las personas mediante el empleo de la dinamita u otros explosivos o instrumentos homicidas, la destrucción y tentativa de destrucción de edificios públicos y particulares, talleres, fábricas, etc., y

la impresión, venta, circulación y reparto de impresos u otros escritos con indicaciones sobre los procedimientos para realizar hechos que la ley considera delitos; las que imponen la pena de muerte sin distinción de sexo para toda persona mayor de diez y ocho años, aun en los casos que en el derecho común no puede aplicarse por haber durado la causa más de dos años sin culpa del procesado o su defensor o bien porque haya transcurrido la mitad del tiempo necesario para prescribirse la acción; y la que al atribuir a los jueces federales el conocimiento y decisión de los juicios iniciados en virtud de la ley social altera la organización de los tribunales del país introduciendo un motivo más de perturbación y desorden en materia de jurisdicción y competencia.

El proyecto sancionado por la cámara de diputados toma y modifica como hemos dicho, algunos preceptos de la ley que deroga. Uno de ellos forma parte del título de los delitos contra la libertad y es el que reprime con prisión de un mes a un año las violencias ejercidas por un obrero contra otro para inducirlo a tomar parte en una huelga, disposición que substituye a la actual, que aparte de contener una pena mayor — uno a tres años de prisión — extiende su aplicación a los casos de insultos y amenazas. Los demás integran el título VIII que legisla sobre los delitos contra el orden público y considera tales la instigación a cometer delitos, la asociación ilícita, la intimidación pública y la apología del crimen, estableciendo para ellos penas que varían de un mes a cuatro años de prisión, un mes a cinco años, un mes a tres años y un mes a un año, respectivamente, en lugar de las que en la ley social para los mismos hechos fluctúan desde uno hasta seis años, seis a diez años, uno a seis años y uno a tres años de penitenciaría o prisión. Con la escala represiva varía también el concepto de ciertos delitos. Así, para no citar sino uno, la asociación ilícita que el proyecto supone es la que forman tres o más personas unidas con el propósito de cometer delitos (hechos expresamente previstos y calificados como tales por el código penal), en tanto que por la ley 7029 podrían caer bajo su sanción dos personas que se reúnen para escribir un folleto de propaganda anarquista, pues se trataría de una asociación ilícita.

Para terminar nos ocuparemos de la ley 4144 o ley de residencia, sancionada con ocho años de anterioridad a la 7029, a raíz de la agitación obrera de noviembre de 1902. A la ley de residencia se debe el primer atentado en la materia cuando atribuye al poder ejecutivo la facultad

de expulsar sin garantías judiciales a los extranjeros domiciliados que considere peligrosos para la seguridad nacional o el orden público. La reforma no la toma en cuenta, porque según resulta del informe con que fué presentado el proyecto de código, la expulsión de extranjeros será objeto de una legislación especial que estudia actualmente otra comisión de la cámara. Ello explica la ausencia de la ley 4144 entre las que se derogan por el artículo 305 del proyecto, pero no justifica su existencia ni es óbice para que continúe siendo atacada hasta que desaparezca, dado que perduran en su totalidad las causas que determinaron al partido socialista a combatirla desde el día de su promulgación.

GRACIANO RECA

Separación de la iglesia del Estado

Discurso del Dr. Frugoni

Discurso pronunciado en la 91 Sesión Ordinaria de la "Convención Nacional Constituyente" (República Oriental del Uruguay, Agosto 21 de 1917).

Señor Presidente. — Tiene la palabra el señor Constituyente Frugoni.

Sr. Frugoni. — El señor constituyente que me he precedido en el uso de la palabra (don Marcial Pérez), ha dicho con toda elocuencia que se pertenece por entero al pasado. Yo, señor presidente, formo parte de una agrupación política que, sin desdeñar las enseñanzas utilizables del pasado trabaja en el presente con ahínco para despejar el camino del porvenir. Partido político de la clase trabajadora, no podía el nuestro dejar de esforzarse y agitarse contra la unión de la Iglesia y el Estado, esas dos instituciones cuya acción debe desenvolverse en planos distintos separadas en absoluto, sino se quiere que todas las fuerzas sociales que el Estado jurídicamente representa y encauza, queden puestas al servicio obligatoriamente de los intereses morales y de los intereses materiales de la Iglesia Católica.

Cuando el proletariado moderno se organiza en el terreno político para la defensa de sus inconfundibles intereses de clase y para el triunfo de sus más genuinas aspiraciones, tiene a menudo que ir contra la Iglesia en cuanto a organización religiosa, que sobre defender creencias y supersticiones reñidas con las fecundas verdades científicas — cuando no con el simple sen-

tido común — entra a militar en el campo de las luchas sociales y políticas para reforzar con su apoyo el prestigio de instituciones tradicionales, mueve sus huestes en defensa de privilegios que el proletariado consciente ansía destruir, por considerarlos incompatibles con la integridad de sus derechos e inconciliables con un alto y verdadero espíritu de justicia.

Se dirá, señor presidente, que la Iglesia, sobre todo en estos últimos tiempos, tiene y despliega ella también un programa de acción social, con lo cual demuestra el interés, la preocupación que le merece e inspira la suerte del proletariado.

Se recordará ya que no el socialismo cristiano de que nos hablaba mi compañero de delegación y que como hemos visto, constituye una manifestación heterodoxa condenada por la Iglesia, la democracia cristiana creada para contrarrestar el avance de la democracia social; y se nos citará como lo hacen a cada paso los católicos, el programa secular de León XIII contenido en la célebre Encíclica "Rerum Novarum".

Y bien, señor presidente; yo no voy a inter-narme en una disertación sobre la caridad, que es el espíritu que la Iglesia invoca y al cual se dirige cuando proclama sus reformas sociales. Temería repetir cosas demasiado conocidas, que muchos otros han dicho antes que yo en forma insuperable, entre ellos Anatole France, en algunos de sus más bellos libros donde nos dice cómo la caridad rebaja, deprime y humilla y cuán absurdo es pretender substituir con ella a la justicia que suprimirá todas las desigualdades sociales redimiendo los cuerpos mientras eleva y engrandece los espíritus.

Voy, sí a recordar la palabra de un cristiano, del último apóstol cristiano, de un ferviente y verdadero apóstol, de un hombre, profundamente religioso, pero enemigo jurado de las iglesias, de las cuales dijo cierta vez que no hay en ellas nada de absoluto ni de sagrado y que sólo existía para imponerle al pueblo un método de vida, útil a sus intereses, la palabra de Tolstoi, señor presidente, que sentía la más profunda de las indignaciones ante el cristianismo de aquel papa que resumía todo su programa de acción social, todo su concepto de la solución de los grandes conflictos económicos contemporáneos en el consejo dado a los ricos de ceder a los pobres lo que les sobra.

Entre nosotros no hace mucho, un periódico clerical comentando precisamente el programa de nuestro partido, decían en sus columnas editoriales: "La Iglesia ha sido la primera que ha establecido las normas de que a nadie debe dár-

sele menos de lo que necesita para satisfacer las necesidades más apremiantes".

Ya ven, pues, los obreros cuánto pueden esperar de la Iglesia católica. Con infinito amor e infinita sabiduría aconseja no dar a nadie menos de lo que necesita para no morir de hambre. Consejo es éste que los patrones suelen seguir y aplicar espontáneamente cuando se dan cuenta de que los obreros a quienes necesitan, si no ganan lo suficiente para comer se mueren, o prefieren dejarse morir de hambre sin trabajar. Y, finalmente, cuánta verdad encierran las siguientes palabras del insigne, del inolvidable Jaurés, a quien el señor Constituyente Secco Illa en su elocuente discurso citaba a propósito de sus palabras a la muerte del conde Mun, atribuyéndole no sé qué afirmaciones, sobre la iniciativa de las más modernas leyes sociales:

"Si el papado — dice Jaurés — nos condena es por preocupaciones muy ajenas al problema social, es porque los socialistas se organizan lejos de la Iglesia, de sus dogmas y de su tutela; porque empiezan a pensar libremente para poder libremente trabajar algún día; quizás porque en su ardor de justicia, en su amor a la humanidad delata el secreto principio de un renacimiento "religioso" que determinará la total ruina de la ya cuarteada institución católica. El papado sólo ha conseguido con su intervención exacerbar el problema social sin resolverlo. Que el sacerdote intervenga en todo; que el hábito del fraile lo cubra todo; que los sindicatos agrícolas se transformen en cofradías, y que nuestra señora de los campos se asocie a nuestra señora de las fábricas: he aquí un programa social de la Iglesia."

Las religiones, señor presidente, como fenómeno moral nos preocupa en cuanto puedan contrariar la moral del socialismo, que es la sana moral de la naturaleza o perturbar y obscurecer la mente de las masas con supersticiones fáciles y ser transformados en medios de embaucamiento para mantener a los oprimidos bajo la férula de sus opresores; y como fenómeno social nos preocupan en cuanto se organizan en baluartes de rancios prejuicios sociales, de ideas reaccionarias de opresión o material de tendencias retardatarias, de privilegios injustos, de jerarquías absurdas, erigiéndose, en una palabra, en formidable obstáculo a la elevación de las conciencias y al progreso de la colectividad en el más amplio sentido de la emancipación humana.

He aquí por que el socialismo combate la Iglesia; he aquí por que la combate sobre todo cuando es oficial; cuando gozando de un privilegio

representa y encarna al privilegio mismo; a la Iglesia oficial, señor presidente, que invadiendo el radio puramente espiritual reservado a las religiones, entra a compartir los atributos materiales del poder temporal para medrar a su lado o a su sombra, para imponerse entre las otras religiones como la predilecta, como la más verdadera y mejor, para hacer de la nación, en una palabra, que es un conjunto de todas las ideas, de todas las creencias y de todas las opiniones, su aliado, su sostén o su cómplice.

Para nosotros — y al decir esto entiendo no ofender el sentimiento personal de nadie, porque no es mi propósito agraviar sentimientos personales — para nosotros la Iglesia Católica Apostólica Romana es la más militante, la más absorbente, la más peligrosa de todas; es la Iglesia del Sylabus, que según la frase de ese famoso ministro Mingueti, citado también por el señor Constituyente Secco Illa, dice anatema a todos los derechos consagrados por las constituciones modernas y de los cuales tan celosos se muestran todos los pueblos libres en la actualidad.

Nosotros vemos, pues, en la Iglesia Católica un enemigo de la liberación de las conciencias, un adversario secular del progreso moral de los pueblos, una rémora de la civilización, y como enemigos la tratamos.

Con esta disposición de ánimo hemos entrado a este debate, y no sería digno de nuestra lealtad ni de nuestra franqueza disimularlo. — (Aplausos en la barra).

(Continuará.)

Notas internacionales

La conferencia de Estocolmo

ANTECEDENTES DE LA CONFERENCIA

Previamente a toda consideración sobre los factores que, a nuestro juicio, han determinado el fracaso definitivo de la conferencia, creemos oportuno dar algunos antecedentes a propósito de la forma en que venía organizándose. La conferencia de Estocolmo es algo que, sin llegar a su total realización, tiene, sin embargo, su historia. Y no una historia sencilla, sino una historia profundamente azarosa y complicada.

Véase, sino, por el resumen que va a continuación:

La internacional y la declaración de guerra.— Participación ministerial de los socialistas. — Sanción tácita de la unión sagrada.

Recordamos que existía en 1914 una Internacional obrera, cuya sede estaba en Bruselas. La Internacional obrera, de la que los partidos socialistas nacionales eran "Secciones", tenía un Comité ejecutivo belga, presidido por M. Vandervelde. Como todo el mundo sabe o ignora, al estallar la guerra, M. Vandervelde "entró a formar parte de un Gobierno nacional que se encargó de los destinos de su infortunado país". El secretario de la Internacional se refugió en La Haya, y quedó convenido que mientras durasen las hostilidades formarían parte del Comité ejecutivo dos socialistas holandeses, uno de los cuales fué Toelstra, el conocido leader del socialismo holandés. Mas el Comité ejecutivo así reconstituido asistió impotente a la disolución de la Internacional, pues numerosos socialistas en todas las naciones beligerantes se unieron a sus gobiernos por pactos de "unión sagrada", en signo de los cuales entraron a formar parte de casi todos los gabinetes aliados prohombres del partido obrero, mientras que en Alemania Scheidemann hacía las veces de hombre de confianza del canciller en los lugares "non sanctos" del socialismo.

La reacción contra el error. — Zimmerwald, Kienthal y Estocolmo

Pronto, sin embargo, se iniciaron entre los elementos intransigentes del socialismo internacional esfuerzos hacia la reconstitución de la Internacional. Si las conferencias de Zimmerwald y Kienthal fracasaron como constructoras, no dejaron de tener éxito "como precursoras". Su semilla floreció en abril del corriente año, fecha en que los miembros holandeses del Comité de La Haya decidieron intentar de nuevo una aproximación de los bandos rivales, animados por las exhortaciones que al efecto recibían de numerosos correligionarios neutrales y beligerantes. Con tal fin, y por su iniciativa, quedó constituido, tras breves negociaciones, un Comité holando-escandinavo, bajo la presidencia de Hjalmar Branting, el leader de los socialistas suecos, cuyas simpatías por los aliados son notorias. Este Comité, que por brevedad llamaremos Comité Branting, invitó a todos los partidos socialistas del mundo a una Conferencia internacional de la paz, que se celebraría en Estocolmo el 15 de mayo de 1917. Esta fué la primera Conferencia de Estocolmo que no se celebró.

Historia de la conferencia — Los franceses y los ingleses no la aceptan. — Vandervelde en combate.

La historia de esta conferencia fué breve. En 29 de abril, el Comité ejecutivo del partido socialista francés decide no aceptar la invitación por trece votos contra once. A instancia de la minoría francesa, deseosa de consultar la asamblea nacional del partido sobre la cuestión, el Comité Branting acuerda posponer la Conferencia hasta el 10 de junio. El 9 de mayo, el "Comité ejecutivo del partido obrero inglés decide no aceptar la invitación, seguido en este acuerdo por los Comités socialistas de Bélgica y los Estados Unidos". Entretanto, M. Vandervelde, camino de Petrogrado, hace alto en Estocolmo, "y de sus entrevistas, así como de las manifestaciones de numerosos socialistas aliados opuestos a la idea de conferenciar con los alemanes, el Comité Branting llega a la decisión de que será más práctico sustituir la Conferencia plenaria, al menos por el momento, por consultas por separado con las respectivas mayorías y minorías del socialismo beligerante, con el objeto de formar un a modo de inventario de las opiniones socialistas sobre la guerra y la paz". La idea de reconstituir la Internacional queda, pues, abandonada en Estocolmo, merced, en gran parte, a la actitud de Vandervelde.

Los rusos no aceptan la postergación. El soviét de Petrogrado la convoca nuevamente

Simultáneamente a esta decisión del Comité Branting, el Soviet de Petrogrado recoge la iniciativa. El 9 de mayo, el Comité ejecutivo del Soviet decide la convocación de una Conferencia socialista internacional que ha de reunirse en Estocolmo del 28 de junio al 8 de julio. Esta es la segunda Conferencia de Estocolmo que no se celebró. Su objeto era revolucionario: "llegar a un acuerdo entre los representantes del proletariado socialista para romper la tregua política" (unión sagrada) "con los gobiernos y clases imperialistas, que hace estéril todo esfuerzo hacia la paz". La invitación añade lógicamente que la asistencia a la Conferencia implica el compromiso de llevar a la práctica todas las decisiones adoptadas. No se trataba, pues, de establecer un programa de paz, sino de romper la "unión sagrada" de todos los países beligerantes, con el objeto de obligar a capitular a todos los "gobiernos imperialistas". En aquel momento existían, pues, dos Conferencias: la del Comité Branting, cuyo abandono nunca fué oficial, y la del Soviet. La confusión era grande, no solo

en el público, sino entre los mismos socialistas y sus gobiernos, y las resoluciones tomadas resultan algo incoherentes. En 28 de mayo, los socialistas franceses deciden asistir a las consultas Branting y "también" a la Conferencia convocada por el Soviet. Los gobiernos aliados conceden pasaportes para Petrogrado, a fin de que los socialistas de Occidente "fraternicen" con sus correligionarios rusos en sus recientes bodas con la libertad; pero se niegan a autorizar el viaje a Estocolmo. Transcurre la fecha de la Conferencia, y ni socialistas ni gobierno se han pronunciado definitivamente.

Los Soviets de toda Rusia apoyan al de Petrogrado

Por aquel entonces, principios de julio, se celebra en Petrogrado una Asamblea nacional de Soviets, la cual decide apoyar al de Petrogrado en su iniciativa para una Conferencia en Estocolmo. Reforzado con este apoyo, el Soviet de Petrogrado envía a Suecia cuatro delegados para que preparen la proyectada Conferencia. Estos delegados, de acuerdo con el Comité Branting, deciden renovar la invitación, con el objeto de incorporar las ideas de los socialistas holando-escandinavos a las del Soviet. Esta tercera invitación, que, por consiguiente, corresponde a una tercera Conferencia de Estocolmo, tampoco se ha celebrado.

La invitación a esta Conferencia, decía así:

"La Conferencia se celebrará en Estocolmo el 15 de agosto de 1917 y días siguientes, y su programa provisional será el siguiente:

Primero. La guerra mundial y la Internacional.

Segundo. Programa de la Internacional para la paz; y

Tercero. Manera de llegar a un acuerdo para la pronta terminación de la guerra.

Los organizadores de la Conferencia se hallan convencidos de que la Internacional debe inducir a todos los partidos socialistas y organizaciones obreras a que se nieguen a colaborar de ningún modo con aquellos gobiernos que se opongan a revelar sus objetivos de guerra, o declaren que sus fines son imperialistas, o hayan rehusado repudiar tales fines."

Diferencias de objetivo

Existen, como se ve, profundas diferencias entre la primera, la segunda y la tercera Conferencias. La primera era, ante todo, un esfuerzo para reconstituir la Internacional, y por este camino constructivo llegar a un acuerdo entre los

socialistas enemigos. La segunda era un esfuerzo revolucionario para desintegrar los bloques nacionales. La tercera es un Congreso socialista sin pretensiones hacia la acción directa, pero con propósito sincero de estudiar la guerra y la paz y de dar al mundo el pensamiento obrero sobre la crisis del mundo.

Fracaso definitivo de la conferencia

Según es del dominio público, la conferencia de Estocolmo ha fracasado definitivamente. ¿Quiénes son los responsables de ese fracaso? Fácil es colegirlo. Todos los gobiernos de la Entente, de ese Trust monumental de la Democracia y de la Libertad, a excepción del gobierno ruso, se han declarado enemigos de la conferencia socialista. Los pasaportes para los delegados que querían acudir a la reunión, fueron negados brutalmente.

En los Estados Unidos, la democracia gobernada por Wilson, no sólo no se han dado pasaportes, sino que se ha encarcelado a algunos socialistas que osaron manifestar su deseo de ir a Suecia. En Inglaterra, el admirable Lloyd George no ha tenido empacho en declararse abiertamente en contra de la conferencia, aún sabiendo que tal actitud obligaba a Henderson a salir del ministerio. En Francia, se toma en contra de la conferencia una medida dictatorial. Y en Italia, la determinación del gobierno hace decir al "Avanti", que ya que los gobernantes creen que el pueblo no puede hacer la paz, éste debe rehusarse, también, a hacer la guerra.

Esta antipática actitud de los gobernantes aliados, unida a la ofuscación de "algunos prohombres de la extinta internacional", ha frustrado por el momento, la realización del acto de mayor trascendencia que los socialistas hayan realizado, desde que en él, debía plantearse y resolverse el problema de su futura orientación, tanto en el orden nacional como en el internacional.

Recomendamos a nuestros lectores que anoten el hecho y que después de analizarlo a la luz del más claro criterio socialista, orienten su actividad de acuerdo con las conclusiones a que arriben.

A. y L.

A las mujeres socialistas de todos los países

Una carta de la Secretaria de la Internacional Socialista Femenina

El inevitable proceso de esclarecimiento dentro de la *Social Democracia* entre otras muchas desagradables y dolorosas consecuencias, ha te-

nido esta también: que el Comité director del partido socialista me ha quitado la dirección de la *Gleichheit*, que venía yo dirigiendo desde hace treinta y siete años. La verdadera razón de tal proceder está en la actitud de la revista, fiel a sus principios. Adaptarla al criterio de la mayoría socialista, aprobar el voto favorable a los créditos de guerra y la unión sagrada proclamada por la *Social Democracia* y ensalzar, además, todo esto como si fuera un gran acontecimiento histórico, equivaldría para mí a traicionar los postulados del Socialismo internacional.

El cometido de la *Gleichheit*, su razón de ser, era servir a los fines del Socialismo internacional. Debía llevar a las mujeres del pueblo trabajador, la convicción productora de actos, de que sólo el Socialismo es el redentor, el gran salvador mundial que garantizará a todos plenos y libres derechos humanos. Debía contribuir a poner al servicio del Socialismo las ricas fuentes de valores espirituales y morales que corren hoy bajo la tierra, desconocidas y desviadas, entre las masas femeninas. También le estaba indicado el deber de encomendar las ideas y los ideales del Socialismo internacional, las cuestiones que surgen de día en día, sin preocuparse de las opiniones efímeras, sin buscar aplausos ni temer censuras, sin temor y fieles siempre al desprecio para temores y peligros. Yo puse en esta obra todas mis fuerzas para llenar este deber en la *Gleichheit*, aun en los tiempos difíciles que la guerra mundial ha acarreado a la *Social Democracia*, al proletariado de todos los países; muy especialmente en estos tiempos, en que parece que el imperialismo ha ejercido sobre los socialistas y sobre los proletarios de todos los países el efecto de la torre de Babel. El procedimiento que se ha tomado contra mí es la consecuencia de haber yo traducido mis convicciones en actos.

La transformación de la *Gleichheit* no es cosa que respecte sólo a los compañeros alemanes, sino que afecta a los intereses de los socialistas organizados de todos los países. La *Gleichheit* era el órgano espiritual que guiaba y unía a la Internacional socialista femenina. Así lo habían decidido en Stuttgart y en Copenhague las conferencias internacionales de las mujeres socialistas. En sus deliberaciones, pues, no entró para nada decisivo el hecho de que la *Gleichheit* fuese uno de tantos órganos del partido Socialista alemán, y que la Dirección de este partido fuera su propietaria, según el derecho burgués de propiedad, y su Consejo de inspección, según

el derecho del partido. Decisivo fué el hecho de la difusión internacional y de la estimación internacional de la *Gleichheit*; fué la confianza que en ella tenían las compañeras de todos los países, porque el periódico, conforme a los principios que hemos enunciado, se esforzaba en concebir y exponer a la luz del Socialismo científico, todos los varios aspectos de los problemas femeninos, en sus anexos sociales e históricos.

Decisivo ha sido el hecho de que la *Gleichheit* estuviera dirigida por mí, secretaria internacional, que redactaba el periódico conforme a las normas y las deliberaciones de nuestros Congresos femeninos internacionales; por mí, que con un largo estudio y con una larga cooperación con las compañeras directoras del movimiento en los demás países, puedo ver mejor el movimiento complejo de las mujeres socialistas; por mí, en cuyas manos aflúan, desde todos los países, los hilos unificadores, las informaciones, que servían para inspirar las iniciativas que daban impulso al movimiento.

Todas estas premisas substanciales y personales para el órgano internacional de las mujeres socialistas no pueden ser trasplantadas de una Redacción a otra por simple mandato de la Dirección del partido socialista, ni darse el nombre de *Gleichheit* a un periódico que es extraño a ella. La *Gleichheit* "purificada", no puede ser el órgano de la internacional femenina. Para ésta, la nueva *Gleichheit* no pasará de ser lo que cualquier otro periódico del partido socialista alemán: uno de los tantos órganos suyos. Las compañeras de todos los países no tendrán relaciones de confianza especial con ella, y tanto menos cuanto que la *Gleichheit*, en el porvenir, tendrá que ser redactada de un modo opuesto a sus principios anteriores.

En vista de esta nueva situación, todos los informes, pagos, etc., de las compañeras de cada país deberán, como antes, ser enviados a mí, secretaria internacional. No obstante el procedimiento que contra mí se ha llevado a efecto, la Internacional socialista femenina no está sin refugio en la prensa socialista. Muy pronto saldrá un órgano que sustituirá a la antigua *Gleichheit*: los preparativos están ya próximos a terminarse. Por otra parte, los periódicos diarios del partido socialista independiente, tendrán como un deber y un honor publicar lo que envíe la Secretaría internacional. Por mi parte, procuraré que estas publicaciones sean regularmente remitidas a las compañeras corresponsales de todos los países. Circulares especiales, comunicaciones, etc., serán transmitidas por mi parte